

## XXII.

De los mismos peñascos requerían  
 En sus hondas y oscuras cavidades  
 Si del infausto neófito sabían  
 Y si entre ellos fraguaba sus maldades.  
 Ninguna humana huella distinguían  
 En aquellas desiertas soledades,  
 Y la muda quietud que allí reinaba  
 No pequeño temor les inspiraba.

## XXIII.

Poco á poco de vagas impresiones  
 Y pensamientos tristes agobiados  
 Sentían los cobardes corazones  
 Nunca á sucesos tales avezados:  
 Y conforme á sus nuevas aprensiones,  
 Miraban ya del todo acobardados  
 Aquel inculto y áspero terreno  
 Lleno de espantos, de quimeras lleno.

## XXIV.

Donde quiera que al cielo revolían  
 Sus ojos irritados y encendidos,  
 Rasgos de sombras oscilantes vian  
 De su propio deslumbre procedidos:  
 Pareciólles de pronto que salían  
 Debajo de sus piés tristes gemidos,  
 Y atónitos clamaban “¡ay! huyamos!”  
 Y Eco en el monte respondía ¡huyamos!

## XXV.

Como suele sacar de su instrumento  
 Caprichoso organista aquellos sonos  
 Graves y agudos, cual el raudó viento  
 Al romper de sus lóbregas prisiones,  
 Ni mas ni menos con el mismo acento  
 Del hueco de los áridos peñones  
 De la sierra volaban bulliciosos  
 Resonando cien ecos vagarosos.

## XXVI.

De los agrestes canes los ladridos  
 Prolongados y lúgubres sonaban,  
 Y en las peñas los buhos escondidos  
 Su *cú cú cú* siniestro comenzaban:  
 De los rápidos vientos los silbidos  
 Con el mísero canto se mezclaban,  
 Y todo junto hacia un son horrendo  
 El terror y el espanto difundiendo.

## XXVII.

Callaban, y la tórtola entretanto  
 Por la dulce garganta sus quejidos  
 Solitaria exhalaba al cielo santo,  
 Con el mismo dolor interrumpidos;  
 Y al triste lamentar de su quebranto  
 Parecían los montes conmovidos,  
 Que su salvaje y rústica aspereza  
 Cubría un velo de mortal tristeza.

## XXVIII.

Y al son de la confusa vocería  
 Los necios familiares acuitados,  
 Bajaban de la infausta serranía  
 Y avanzaban al valle apresurados.  
 Ninguno de ellos distinguir sabía  
 La verdad de estas cosas, entregados  
 Ciegamente al horror que les causaban  
 Los temibles encantos que soñaban.

## XXIX.

Y por cierto, su ardiente fantasía  
 Pintábales al vivo las señales  
 De aquel menguado y desastroso día  
 Con todos sus colores funerales;  
 En escena á la vista les ponía  
 Brujos y brujas, pérfidos nahuales,  
 Que tenían por único ejercicio  
 Toda suerte causar de maleficio.

## XXX.

Así camino á la ciudad marcharon  
 En tan tristes ideas sumergidos,  
 Y á su arribo al Obispo denunciaron  
 Estas cosas y casos ocurridos:  
 Al indefenso neófito acusaron  
 De gran prestigiador, bien entendidos  
 De que aun siendo el prelado tan clemente  
 No quedaria impune el delincuente.

## XXXI.

Oyó el sabio pastor á sus enviados;  
 Mas ellos los sucesos ponderaban,  
 Y eran en tal manera exagerados,  
 Que imposible era creer lo que contaban:  
 De sus propios delirios espantados,  
 Donde temor no habia allí temblaban,  
 Que la débil razon si se estravía  
 Esos fantasmas y esos miedos cria.

## XXXII.

Id, pues, les dijo, y si tornare acaso  
 Como es de presumir y yo lo espero,  
 Dejadlo entrar, no le estorbeis el paso,  
 Que ó yo me engaño, ó no hay tal hechicero;  
 Como un hombre de ingenio el mas escaso,  
 Como un bruto pintábaislo primero,  
 Y hora decís que no es tan campesino,  
 Que en su clase no hay otro mas ladino.

## XXXIII.

Aun no sabeis qué fueron esas voces,  
 Esos clamores tristes, esos ruidos,  
 Que azorados corrísteis tan veloces  
 Cual si fueseis de muerte perseguidos;  
 ¿Y es bien hablar de crímenes atroces  
 De tan vagos rumores persuadidos?  
 Id, descansad, dejaos de esos sustos,  
 Juzgad mejor, pensad de ser mas justos.

## XXXIV.

Diciendo así salieron de su estancia,  
 Y hablando á sus colegas, seriamente  
 Ponderaban su esfuerzo y su constancia  
 En peligro tan grave y sorprendente:  
 Es muy corta, decían, la distancia  
 Desde el lago hasta el pico mas saliente  
 De ese gran promontorio, á cuya vista  
 Se estremece el valor, no hay quien resista.

## XXXV.

Sin ver cómo ni cuándo allí el malvado  
 Despareció, como si hubiera sido  
 En honda sima súbito arrumbado,  
 Dejando el campo todo espavorido;  
 En vano aquí y allí lo hemos buscado  
 Y la infernal montaña recorrido,  
 Que allá todo es fatal, no hay sino encanto,  
 Y gritos de dolor, y negro espanto.

## XXXVI.

Superando nosotros los temores,  
 Nos dimos á indagar su derrotero,  
 Mas eran cada vez mucho mayores  
 Los riesgos que fraguaba el embustero:  
 Después de tanto afán, tantos sudores  
 Sin poder barruntar su paradero,  
 Volvímonos en fin, ¿y por ventura  
 Merecemos de ilusos la censura?

## XXXVII.

¿Para qué, pues, deciros el prelado  
 Id, observad á ese hombre atentamente,  
 Si al cabo ya tenia meditado  
 Mostrarse cual se muestra, indiferente?  
 De todo lo que allí nos ha pasado  
 Nada cree, nos reprocha y nos desmiente;  
 Pero el tiempo vendrá, que es buen amigo,  
 Y de los hechos el mejor testigo.

## XXXVIII.

Así del pobre indiano murmuraban  
 Para encubrir la propia cobardía;  
 Así del buen prelado se quejaban  
 Que á sus mágicos cuentos no atendía:  
 Y en verdad que ellos mismos presentaban  
 De su adusta y confusa fantasía  
 En señas nada oscuras, no dudosas,  
 La falsedad de tan estrañas cosas.

## XXXIX.

Juan entretanto, al punto que invisible  
 Por arte se hizo del poder divino,  
 Arribó al Tepeyác, con indecible  
 Celeridad venciendo su camino:  
 Latióle empero el corazon sensible  
 Cuando al llegar ansioso á su destino  
 No halló el objeto en cuyo amor ardía,  
 Y un gran pesar su corazon sentía.

## XL.

Empero nunca la inmortal Señora  
 Abandonó á sus tiernos amadores,  
 Que es diestra suya, amparo y defensora,  
 Y arroja de sus pechos los temores:  
 Pasó un momento solo, y precursora  
 Una luz celestial, de sus favores,  
 Por la adormida esfera derramada,  
 Fué el anuncio feliz de su llegada.

## XLI.

Y llegaba tan bella y tan radiante,  
 Que mucho mas que el sol resplandecía,  
 Del fiel indiano el corazon amante  
 Inundando con súbita alegría:  
 ¡Cuán gallarda, qué airosa y elegante  
 Sobre la blanca nube parecia!  
 Jamás el vate figuró una diosa  
 De tanta magestad, ni tan hermosa.

## XLII.

Dichoso Juan en tan feliz estado,  
 Saludóla cortés y alegremente,  
 Y le dijo: Ya todo está allanado,  
 Ya no hay ¡oh Reina mia! inconveniente:  
 Está el señor ilustre á tu mandado,  
 Y solo de una cosa está pendiente,  
 Que una seña me ordena que te pida,  
 Para mas cerciorarse en tu venida.

## XLIII.

Si tú lo quieres todo está en tu mano,  
 Y yo á tu voluntad apercebido,  
 Y hora mismo tu anhelo soberano  
 Podrá quedar del todo concluido:  
 Todavía no es tarde ni es temprano;  
 Pero el camino es llano y reducido,  
 Y aun hay tiempo, Señora, y si tú quieres  
 Volveré con las señas que me dieres.

## XLIV.

Yo te daré, hijo mio, esas señas  
 Que han de ser al Obispo presentadas,  
 Respondióle la Reina, y serán tales,  
 Que dejarán sus dudas disipadas:  
 Ni podrá él discurrir otras iguales,  
 Tan hermosas, tan propias y adecuadas,  
 Pues quien las viere quedará al momento  
 Asombrado á la vista del portento.

## XLV.

Mas hora es, hijo mio, conveniente  
 Que á descansar tranquilo en tu morada  
 Te retires con paso diligente,  
 Y mañana vendrás á la alborada:  
 Llevarás al Obispo el gran presente  
 Señal de la verdad de tu embajada,  
 Señal tan firme, que del tiempo en ella  
 No pasará la destructora huella.

XLVI.

Dijo, y ya estaba en su eternal asiento  
 Cabe el trono de Dios, todo circuido  
 De un vivo resplandor, el firmamento  
 Resonando su nombre esclarecido:  
 Y el indio fiel de celestial contento  
 Sintiendo el pecho dulcemente henchido,  
 De tan raras bellezas ocupado,  
 Tomó el camino de su albergue amado.

XIV.

Mas hora es, hijo mio, conveniente  
 Que á descansar tranquilo en tu morada  
 Te retires con paso diligente,  
 Y mañana vendrás á la alborada:  
 Llevarás al Obispo el gran presente  
 Señal de la verdad de tu embajada,  
 Señal tan firme, que del tiempo en ella  
 No pasará la destructora huella.

XLVI.

Dijo, y ya estaba en su eternal asiento  
 Cabe el trono de Dios, todo circuido  
 De un vivo resplandor, el firmamento  
 Resonando su nombre esclarecido:  
 Y el indio fiel de celestial contento  
 Sintiendo el pecho dulcemente henchido,  
 De tan raras bellezas ocupado,  
 Tomó el camino de su albergue amado.

Conto desta.